

“LA VALENCIA DEL SIGLO XV”

Conferencia ofrecida en el Palau de Les Arts de Valencia.
Simposio Internacional “Valencia cuna del ajedrez moderno” 23-9-2009.

A estas alturas no hay ninguna duda de que el Cuatrocientos representó un siglo de prosperidad y esplendor del Reino de Valencia en el seno de la Corona de Aragón. Es cuando la ciudad de Valencia asume la hegemonía en los aspectos demográficos, socio-económicos y culturales llegándose a convertir, en los últimos años del ciclo, en la capital financiera para los llamados Reyes Católicos.

Es en este siglo cuando se consolidan las instituciones políticas y es un hecho incuestionable el afianzamiento de su personalidad jurídica y lingüística. El rey Alfons El Magnànim confirmó en 1419 la separación definitiva de los Fueros de Aragón, otorgando a la *Generalitat del Regne* una organización permanente, y *Furs propios*, los fueros como forma de legislación y gobierno autóctono que, como es sabido, permanecería hasta el siglo XVIII. Durante la centuria pasaron reyes y virreyes que gobernaron el antiguo Reino, destacando: Martín el Humano, Fernando I, Alfonso III El Magnànim, Juan II y Fernando II El Católico.

Pero ¿Cómo era esta Valencia en el siglo XV? ¿Cuál era a grandes rasgos su imagen? Veámosla en un escueto y virtual paseo.

Valencia contaba a principio del siglo con aproximadamente entre 25.000 mil y 30.000 habitantes, 40.000 en 1418, y ya en 1483 alcanzaba los 65.000 para llegar a 80.000 a principios del siglo XVI, lo que da idea del importante aumento demográfico que conllevó su etapa esplendorosa y que produjo que se convirtiera en una de las mayores ciudades europeas.

La ciudad se hallaba rodeada de las nuevas y ampliadas murallas que habían sido construidas a finales del siglo XIV, reemplazando así al reducido circuito amurallado musulmán. Para el acceso a la ciudad se hallaban seis puertas principales y otras tantas más reducidas. Las calles eran estrechas y tortuosas - existían multitud de *açucats* o calles sin salida., sobre todo las relativas al sector antiguo de la ciudad coincidente con el perímetro árabe.

A partir de 1411 es cuando se considera que Valencia vivió el esplendor flamígero, una prosperidad demográfica y económica, con cambios de mentalidad y costumbres renacentistas, famosa por la grandiosidad de sus edificios, ya que fue entonces cuando se construyeron los grandes edificios públicos y privados. El gótico civil de la ciudad configuró los rasgos urbanos, levantándose edificios tan importantes como el Almudín, las Atarazanas, el primitivo Hospital General, la Lonja de los mercaderes o de la seda y numerosos palacios construidos alrededor de su plaza principal, la Seo, con especial atención al de Mossén Sorell, tristemente desaparecido en el siglo XIX. De estos palacios desafortunadamente tan sólo se conservan algunos en un núcleo del área de Cavallers y que por su riqueza arquitectónica nos dan idea de cómo fueron los edificios nobles de la época. Obras también

de interés arquitectónico fueron los edificios religiosos, como los conventos de Sant Domènec, el Carme o el de la Trinitat, junto a las obras de ampliación de la catedral en las que se incorporaron nuevos elementos tan importantes como la puerta de los Apóstoles o la torre campanario llamada *El Micalet*, uno de los iconos de la ciudad.

Como reminiscencia del pasado se conservaban costumbres muy arraigadas procedentes de las diferentes culturas judío-musulmanas. El pueblo judío, los conversos, se congregaban en el *Call*, en el área cercana a la calle del Mar y sus inmediaciones, en un recinto que había quedado bastante reducido después de haber sido reconstruido en 1392.

Los musulmanes se concentraban en un núcleo de población privativo. Jaume I, a los que optaron por quedarse en la ciudad, les había concedido una de las zonas situada hacia la parte oeste, en los confines del barrio de El Carme (área de la actual calle de Sant Miquel): era la Morería, un lugar amurallado, que permaneció con sus costumbres y leyes musulmanas, con algún que otro sobresalto, hasta llegado el siglo XVII en que este lugar desapareció como núcleo urbano diferenciado.

Un poco más hacia el oeste, junto a las murallas, en la actual zona del *Centre de la Beneficència*, existía *El Partit*, aquel lugar también amurallado, convertido en todo un auténtico burdel, la mancebía de Valencia donde las mujeres públicas ejercían la prostitución reglamentada, paraje que fue famoso entre los ciudadanos y, especialmente, entre los forasteros que nos visitaban.

Al ensanchar el perímetro de la ciudad y derribar la muralla musulmana se crearon zonas donde aparecieron nuevas calles y espacios vecinales. Como ejemplo el Mercado, un área situada en el antiguo valladar junto a la Lonja de los Mercaderes. Se estaba constituyendo un auténtico núcleo comercial que ha perdurado hasta nuestros días.

Por otra parte, la bonanza económica favorecía el lujo con que vivían los ciudadanos. En la indumentaria de mujeres y hombres se hacía notar; los varones vestían trajes largos y las mujeres con una gallardía y un lujo excesivo, sin recato, una libertad existente que, desde algunos círculos se consideraba “relajación en las costumbres”.

Se sucedían las fiestas privadas entre la nobleza y burguesía. La clase plebeya también se divertía a su modo, participando en todas las conmemoraciones públicas, dedicándose a la práctica de algunos juegos, fueran prohibidos o no, acudían a las casas donde se jugaba a los naipes con apuestas. Los patricios jugaban al ajedrez y se celebraban tertulias y reuniones en torno a este juego.

Por la noche los ciudadanos paseaban por las calles y se podía apreciar una inusitada animación, hecho que produjo la prolongación de las tiendas abiertas hasta altas horas de la madrugada.

Con todo, una población libre, bella, desenfadada, seductora, de la cual se llegó a decir que era una ciudad donde el amor vivía y reinaba, o que era el rico templo donde el amor siempre hace su morada.

La ciudad se fue convirtiendo, poco a poco, en una urbe cosmopolita, abierta a toda clase de visitantes, de manifestaciones y corrientes culturales. Era una gran capital no sólo en el ámbito peninsular sino también de reconocido prestigio en Europa. Ello provocó la inmigración de numerosos mercaderes, sobre todo italianos. Tanta era la relación que se llegó a decir que Valencia era una república italiana. También se establecieron en nuestra ciudad comerciantes franceses y alemanes, algunos de estos últimos, es ya sabido, fueron portadores de un nuevo invento que haría revolucionar la cultura escrita: el arte de imprimir.

Durante el siglo Valencia fue una de las ciudades artesanales, mercantiles, financieras más activas del Mediterráneo, equiparable a ciudades como Venecia, Cerdeña, Sicilia, Génova o Marsella. La principal industria era la textil, con sus dedicaciones anejas, seguida de la cerámica y sus delicadas piezas de reflejo metálico, un estilo de obra hispano-morisca que alcanzaría fama internacional; los curtidos, la orfebrería y, en general, toda una industria artesana que dio gran vitalidad a los gremios, instituciones que ejercieron mucha influencia en el desarrollo de la vida ciudadana.

La actividad mercantil con el resto de la península, con las repúblicas italianas y con otros países mediterráneos, fue la causa de aquel florecer económico. Se exportaban nuestros productos y, a la vez, se importaban diversas materias primas que, una vez elaboradas y transformadas, eran inmediatamente reexportadas. Constantes fueron las transacciones comerciales, la persistente actividad cultural, el crecimiento urbanístico, los éxitos alcanzados en el arte o las diferentes manifestaciones festivas y recreativas. Una ciudad convertida en una de las grandes potencias económicas del Mediterráneo, una ciudad que ya, en 1407, Martín I había autorizado la erección de la *Taula de Canvis*, aquel banco municipal destinado a realizar las más heterogéneas operaciones mercantiles.

Y no debemos de olvidar la agricultura, que también ocupaba un lugar en importancia dentro del complejo económico de la ciudad. La red de regadío se amplió y ello propició una mayor producción en los pueblos cercanos a la ciudad.

La sociedad valenciana supo articular las diversas corrientes culturales, anticipándose al resto de la Península y del Occidente europeo. Vivió y supo adaptar las tendencias renacentistas que por entonces irrumpían con fuerza, cuando en otros lugares se vivía todavía apegado a costumbres y forma de proceder de la Edad Media. Bien se puede decir que Valencia fue receptiva a las influencias sociales, literarias y artísticas de la Italia del "Quattrocento".

Los ciudadanos abrieron las puertas a una nueva cultura y ello propició una renovada personalidad valenciana, a una sociedad que como una esponja supo absorber y atrapar las

nuevas tendencias de las que también surgían nuevos proyectos, nuevas ideas. Y es entonces cuando apareció el carácter laborioso, dispuesto y emprendedor de unos valencianos que su fama ya había tocado a las puertas de otros países.

Supimos exportar nuestro trabajo, nuestra forma de ser, nuestra forma de vivir, fuimos famosos por nuestro carácter abierto, festivo, nuestra vitalidad y nuestro desparpajo, éramos cien por cien mediterráneos y genuinamente valencianos. Y eso es lo que ofrecíamos: una ciudad cosmopolita, vital y vitalista, de la cual, todavía conservamos muchos de estos rasgos.

El Humanismo había reemplazado al caballeresco clasicismo medieval, teniendo escuela propia en Valencia. En la literatura, ya a partir de la segunda mitad del siglo XIV, se estaba produciendo una consolidación de la lengua valenciana y había surgido una expresión literaria autóctona. Fruto de ello es que el siglo XV valenciano fuera titulado el Siglo de Oro, no sólo de la literatura vernácula, sino de toda una actividad cultural y científica que de forma constante iba irrumpiendo.

Citar a todos los grandes personajes del siglo, los valencianos más ilustres, sería una quimera. Como injusta relación tenemos nombres como: Alfons y Rodrigo de Borja, los dos Papas valencianos, el embajador de Fernando el Católico Jerònim Vich, los doctores Collado, Perera, Joan Plaza o Alcañiz el médico que nos preservó de la pestilencia, el matemático Jerónimo Muñoz, el humanista Juan Luis Vives nacido a finales de siglo, la religiosa Sor Isabel de Villena, el arquitecto Pere Compte, el pintor Jacomart, el financiero Luis de Santàngel, procedente de una de las familias judeo-conversas más influyentes de la época o el poeta Ausias March, por citar algunos de los grandes personajes valencianos del esplendoroso siglo.

Fue cuando floreció uno de los centros de enseñanza, casi desconocido para muchos valencianos: *Les Escòles de la Valldigna*, situadas en pleno barrio del Carme, en la actual calle de Mare Vella, muy cerca del famoso portal. Allí se impartían clases de Gramática y Artes. Estas escuelas permanecieron desde 1373 a 1496, ya que fueron las precursoras del *Estudi General o Universitat*.

Ya en el último tercio de siglo aparecieron los primeros libros impresos y con ellos los primeros impresores: Vizlant, Fernández de Córdoba, Palmart, Spindeler, Trincher o Lope de Roca, entre otros. La primera obra impresa fue *Les Troves en lahor de la Verge*, a la que siguieron el *Comprehensorium*, *Salustio*, *Regiment Preservatiu e curatiu de la pestilencia*, *Vita Christi*, *Spill* o *Llibre de les dones*, *Lo somni de Joan-Joan*, *Lo Carcer d'amor*, *el Regiment de la Cosa Pública*, *el Furs* o nuestro universal *Tirant lo Blanch*.

Las reuniones literarias eran constantes. En una de ellas, unos poetas, magníficos e ilustrados poetas, Vinyoles, Fenollar y Castellví, quedaron unidos para ser protagonistas del manuscrito de poemas ajedrecísticos titulado *Scach d'amor*, donde por primera vez aparece la Reina en el juego. Ahora una metáfora: estos autores se convirtieron en hipotéticos

carpinteros, ya que fueron capaces de confeccionar la cuna en la que se debía de mecer una reina, una dama poderosa, que nació en Valencia para revolucionar y gobernar el destino de un juego llamado ajedrez. Y años después un segorbino, llamado Francesc Vicent, se encargó de divulgar ante el mundo la presencia de esta gran reina y reafirmar decisivamente la gestación valenciana del nuevo ajedrez que irrumpió con fuerza, unas reglas del juego que aún permanecen vigentes. Su obra, *Llibre dels Jochs Partitis dels escachs*, impreso por Lope de Roca en 1495, puso la guinda y el colofón a la finalización de este esplendoroso siglo XV.

Esta fue a grandes rasgos la Valencia cuatrocentista, una ciudad rica económicamente, esplendorosa en todos los sentidos, rica en ideas, vitalista, femenina y sensual, que contó con el nacimiento de una reina que es hoy, en realidad, la verdadera protagonista y también la “culpable” de que nos reunamos aquí y celebremos este Simposio sobre el nacimiento del ajedrez moderno.

Rafael Solaz

Bibliófilo y documentalista.